

# EL RETO DE EVANGELIZAR LA CULTURA

*Alfredo Garland*

## 1. EL DINAMISMO HUMANIZANTE DE LA CULTURA

**A**L REFERIRNOS A LA CULTURA, PARTICULARMENTE EN EL ÁMBITO UNIVERSITARIO, EL CONCEPTO SUGIERE AQUELLO QUE SE ENSEÑA Y SE APRENDE EN LA VIDA ACADÉMICA. SI BIEN ES CORRECTA, ESTA IDEA NOS DEJA ANHELANDO UNOS ALCANCES MAYORES. CIERTAMENTE LA CULTURA ABARCA LA TOTALIDAD del ser humano, y constituye un supuesto fundamental de la vida de la persona, una realidad que compromete todas sus dimensiones, particularmente la religiosa. Al mismo tiempo, la cultura contribuye a que el hombre alcance la plena realización en libertad al ayudarlo a dar respuesta a interrogantes fundamentales como ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿a qué estamos llamados?, ¿cómo estamos?, preguntas que alientan al ser humano a indagar sobre su vida, concretamente sobre el sentido de su existencia, su destino último, Dios y la eternidad. Se trata de cuestionamientos que parten precisamente de la dimensión religiosa de la persona humana; renunciar a responderlos significaría dejar profundamente mutilado al hombre.

*Alfredo Garland es miembro del Sodalicio de Vida Cristiana. Luego de seguir estudios de Filosofía y Derecho, se ha dedicado al periodismo. Ha ocupado diversos cargos de responsabilidad en su comunidad religiosa.*

Y es que la persona humana es “un ser para el encuentro”, un “yo” invitado a

recorrer una dinámica relacional, cuya meta es el encuentro con el Tú divino»<sup>1</sup>. El hombre es, pues, un ser trascendente, que desde la experiencia que tiene de ser, desde su mismidad, se propone descubrir su realidad.

En este proceso podríamos ignorar la religión de la persona a Dios, tentación muy presente en los tiempos hodiernos, caracterizados por la desacralización. Ya el Concilio Vaticano II denunciaba que la negación de Dios y el rechazo de la religión «no constituyen un hecho insólito e individual. Hoy día, en efecto, se presentan no rara vez como exigencias del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo»<sup>2</sup>.

Refiriéndose a este mismo drama, el Papa Benedicto XVI evidenciaba la pérdida del carácter sagrado en nuestra época, caracterizada por «una preocupante cultura del vacío»<sup>3</sup>. Aquellas culturas que quiebran la unidad entre el ser humano y sus fundamentos religiosos se empobrecen porque renuncian a conectar convincentemente las tradiciones supraracionales y espirituales con el conocimiento crítico-científico. Las verdades esenciales son cuestionadas; lo que es auténtico se vuelve un mero hábito y pierde vitalidad. Nuestra cultura se torna, muy a menudo, disolutiva de los valores del hombre, al extremo de deshumanizarlo.

La Iglesia, «experta en humanidad»<sup>4</sup>, no puede mostrarse indiferente ante el misterio del ser humano y de su cultura, ya que se debe a todo hombre y a todo el hombre<sup>5</sup>. Por ello, los hijos de la Iglesia estamos convocados a salir al encuentro del hombre contemporáneo y a buscar con él caminos de acercamiento y diálogo para promover su condición de persona.

En ese contexto, llevar el Evangelio a la cultura constituye «un esfuerzo por comprender las mentalidades y las actitudes del mundo

---

1. Luis Fernando Figari, *La búsqueda de la verdad*, Vida y Espiritualidad, Lima 2006, pp. 11-12.

2. *Gaudium et spes*, 7.

3. Benedicto XVI, Discurso dirigido a los participantes en el Congreso Internacional de la Confederación Benedictina, 20 septiembre de 2008.

4. Pablo VI, Alocución a la Organización de las Naciones Unidas, 4 de octubre de 1965.

5. Pablo VI, *Populorum progressio*, 14.

actual. Es la voluntad de llegar a todos los niveles de la vida humana para hacerla más digna»<sup>6</sup>. El reto reside en hacer audible el Evangelio a los hombres y mujeres de hoy, aportándoles modelos de comportamiento, criterios de juicio, valores, intereses mayores, hábitos y costumbres que abarquen toda la vida humana.

*El hombre es, pues, un ser trascendente, que desde la experiencia que tiene de ser, desde su mismidad, se propone descubrir su realidad.* Nos encontramos, pues, ante la disyuntiva de contemplar este proceso a la distancia o de entregarnos generosamente a una tarea

que el Papa Benedicto XVI ha descrito como la siembra de la esperanza cristiana: «En un mundo desacralizado y en una época marcada por una preocupante cultura del vacío y del sinsentido estamos llamados a anunciar el primado de Dios y a presentar propuestas de eventuales nuevos caminos de evangelización»<sup>7</sup>.

La invitación del Santo Padre une dos conceptos esenciales: evangelización y cultura. Empecemos por situar sucintamente el primero: la evangelización. Se trata del anuncio explícito del misterio de salvación del Señor Jesús y de su mensaje, pues «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»<sup>8</sup>. La evangelización es la tarea primordial del cristiano; se refiere a la transmisión (*parádoxis*) de la fe, orientada hacia la santidad de aquel que se deja apelar por la Buena Nueva, procurando su despliegue en todos los órdenes de la vida según el Señor Jesús y el Evangelio. De poco serviría la Buena Nueva si no se encarna en la vida cotidiana.

La palabra “cultura”, por su parte, viene del concepto ‘cultivar’, en latín *colere*. “Cultivo” es la acción de “perfeccionar”, en el caso de la persona, el «cultivo personal» para «perfeccionar la propia naturaleza». Así, pues, el hombre alcanza la plena humanización mediante el despliegue cultural, cultivando los bienes y los valores de la natura-

---

6. Juan Pablo II, Mensaje al mundo de la cultura y a los empresarios, Lima, 15 de mayo de 1988; véase Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 20.

7. Benedicto XVI, Discurso dirigido a los participantes en el Congreso Internacional de la Confederación Benedictina, 20 septiembre de 2008.

8. 1 Tm 2, 4.

leza<sup>9</sup>. Este concepto se refiere también, en una acepción más amplia, al entorno de la persona, al medio geográfico y social en el que habita y se desenvuelve. La cultura aparece así como el camino específico aportado al hombre para que se despliegue y perfeccione según su fin último, como el “entorno” o la “morada” donde crece y se desarrolla el ser humano.

Los padres del Concilio Vaticano II (1962-1965) realizaron una importante contribución a la definición de cultura asumiendo las preocupaciones contemporáneas: «Con la palabra “cultura” se indica, en sentido general, todo aquello con lo que la persona afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter



el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos e incluso a todo género humano»<sup>10</sup>.

El cultivo y despliegue de los valores humanos genera una serie de relaciones fundamentales: con Dios, con uno mismo, con los demás y con la naturaleza. El pensador peruano Germán Doig los llamaba «el estilo común» que caracteriza a un grupo humano cuando cultiva estos vínculos<sup>11</sup>.

En este contexto es vital comprender el valor humanizante de una cultura auténticamente evangelizada, animadora de la vida relacional, expresión más visible e inmediata del ser-en-relación, característico de la existencia humana. Conviene subrayar con Luis Fernando Figari que «la cultura que el hombre, como sujeto que es, forja con su

---

9. Véase *Gaudium et spes*, 53.

10. *Lug. cit.*

11. Germán Doig Klinge, *El desafío de la tecnología, Vida y Espiritualidad*, Lima 2000, pp. 115ss.

*El reto reside en hacer audible el Evangelio a los hombres y mujeres de hoy, aportándoles modelos de comportamiento, criterios de juicio, valores, intereses mayores, hábitos y costumbres que abarquen toda la vida humana.*

acción es así a la vez expresión y ámbito del ser humano. En este proceso, mediante el despliegue de

su mismidad se va realizando también él mismo. Igualmente, por la acción humana rectamente encaminada coopera con Dios en la dinámica del despliegue de la creación. Y la conciencia en la vida cotidiana de esta realidad de sintonía con el desarrollo del Plan de Dios ofrece una ocasión para el desarrollo de lo humano, de su naturaleza, al tiempo que en su proyección humaniza el cosmos. En todas sus grandes realizaciones la persona aprende a descubrir que ellas “son señal de la grandeza de Dios y fruto de sus inefables designios”<sup>12</sup>.

## 2. CULTURA Y RELIGIÓN

De manera precisa el Papa Pablo VI decía que «la religión, por su naturaleza, es una relación entre Dios y el hombre»<sup>13</sup>. Podemos hablar en este sentido de la “teologalidad”, la posibilidad que tiene la persona para comunicarse con Dios. Este término describe «la realidad fonda del ser humano en su orientación hacia lo divino. Así pues, el ser humano es teologal. Se trata de una nota de su realidad más profunda y que cualifica su humanidad»<sup>14</sup>.

Se nos haría difícil hallar una civilización o una cultura que no haya estado vinculada a una religión. En este sentido el historiador Christopher Dawson destacaba el fundamento religioso determinante en toda civilización: «Una cultura sin religión es un cuerpo sin alma; y una religión sin cultura es un alma sin cuerpo»<sup>15</sup>.

---

12. Luis Fernando Figari, «La construcción de un mundo más humano: cultura y trabajo», en *Formación y misión*, Vida y Espiritualidad, Lima 2008, p. 103.

13. Pablo VI, *Ecclesiam suam*, 28.

14. Luis Fernando Figari, *Nostalgia de infinito*, Fondo Editorial, Lima 2002, p. 13.

15. Lug. cit.

Así lo enfatizó también el entonces Cardenal Joseph Ratzinger, al señalar que «en todas las culturas conocidas la religión es el elemento esencial de la cultura. Es el “núcleo determinante”. Es la religión la que determina la estructura de valores y, por consiguiente, conforma su lógica interna»<sup>16</sup>.

Conviene destacar que la plenitud de la religión se encuentra presente en lo que Dios mismo ha manifestado de Sí. La Revelación divina, armonizada con la pesquisa natural, «es una amorosa manifestación de la verdad de Dios a la que Él nos invita a adherirnos. No nace de los seres humanos, no nace de la Iglesia; es un conocimiento que como don sale al encuentro del ser humano y que la Iglesia custodia como su sagrado depósito»<sup>17</sup>.

### 3. DESAFÍOS ANTE UNA CULTURA EN CRISIS

¿A qué nos referimos por “crisis cultural”? Una sociedad se precipita en una crisis cuando abandona la búsqueda de la verdad. Denunciando la «cultura de la sospecha» en que vivimos, y evidenciando las dudas que se han sembrado en torno a la verdad, el futuro Papa Benedicto XVI colocaba en primer plano los interrogantes que su antecesor, el Papa Juan Pablo II, había destacado en la *Fides et ratio*: «La cuestión de la verdad conduce al tema crucial de la posibilidad de conocerla. ¿La verdad existe? ¿Y si existe, la inteligencia, el pensamiento humano, están en capacidad de conocer la verdad?»<sup>18</sup>. En aquella histórica encíclica el Papa Juan Pablo II “rehabilitó” la cuestión de la verdad en un mundo invadido por el relativismo. Por eso animaba «a la aventura de la verdad», afirmando que la persona está capacitada para conocer la verdad fundamental sobre el hombre, su origen y su futuro.

---

16. Joseph Ratzinger, «Christ, Faith and Challenge of Cultures», conferencia dirigida a los directores de las comisiones doctrinales y a los presidentes de las Conferencias Episcopales asiáticas durante un encuentro sostenido en Hong Kong, del 2 al 5 de marzo de 1993.

17. Luis Fernando Figari, *La búsqueda de la verdad*, ob. cit., p. 15.

18. Joseph Ratzinger, Conferencia en el Congreso Teológico Internacional sobre la encíclica *Fides et ratio* del Papa Juan Pablo II, Madrid, 16 de febrero de 2000.

Uno de los impedimentos para esta pesquisa fundamental sobre la verdad es el subjetivismo, tan en boga, plasmado en una cultura del gusto o del disgusto que asume selectivamente lo que prefiere. Se empañe de esta manera la recta búsqueda de la verdad que «debe ocupar la centralidad que tiene en la naturaleza del ser humano. Y esa centralidad debe desplegarse desde la luz que da la fe para comprender al ser humano y el noble destino al que está llamado como cooperador de Dios en la forja de sí mismo y como constructor de la cultura»<sup>19</sup>.

*«Se plantea la exclusión de la religión de planos como el político, el social, el moral o el científico: poco o nada le correspondería a la religión manifestarse, por ejemplo, sobre aspectos cruciales de la vida humana».*

Al mismo tiempo se percibe una errada comprensión de la secularidad que pretende una autonomía total de la cultura con respecto a la religión. Se trata, más bien, de una tendencia a la secularización que reclama la construcción de la civilización en un plano puramente profano, donde los valores religiosos no tengan parte, y si se los permite, que sólo toquen la vida personal de sus componentes, mientras que la civilización en cuanto tal permanezca siendo exclusivamente algo secular. Esta idea de que el dominio de la cultura y el de la religión mantienen fueros absolutamente distintos se encuentra hoy muy arraigada, de tal manera

que se plantea la exclusión de la religión de planos como el político, el social, el moral o el científico: poco o nada le correspondería a la religión manifestarse, por ejemplo, sobre aspectos cruciales de la vida humana como el aborto, la eutanasia, la eugenesia o la clonación, sobre las injusticias causadas por una inadecuada distribución de los bienes o la ilegalidad moral de un régimen político injusto.

La modernidad tiende a homogenizar las culturas desplazando sus valores y riquezas, forjadas a través de innumerables circunstancias históricas. Aquello que motiva este fenómeno es una equivocada comprensión de lo que debe ser la interacción entre las culturas. En su encíclica *Caritas in veritate*, el Papa Benedicto XVI advertía preci-

---

19. Luis Fernando Figari, *La búsqueda de la verdad*, ob. cit., p. 47.

samente sobre «el eclecticismo cultural asumido con frecuencia de manera acrítica: se piensa en las culturas como superpuestas unas a otras, sustancialmente equivalentes e intercambiables. Eso induce a caer en un relativismo que en nada ayuda al verdadero diálogo intercultural; en el plano social, el relativismo cultural provoca que los grupos culturales estén juntos o convivan, pero separados, sin diálogo auténtico y, por lo tanto, sin verdadera integración»<sup>20</sup>.

*Se nos haría difícil hallar una civilización o una cultura que no haya estado vinculada a una religión.*

Precisamente la dimensión religiosa constituye uno de los medios principales para crecer en la identidad cultural. Contraviniendo esta visión, los ideólogos secularizantes sustentan prejuicios contra la religión, concretamente contra el cristianismo, juzgándolo encerrado en creencias que marginan a la ciencia y al pensamiento moderno. Nada más equivocado. La Iglesia ha buscado dialogar desde la *fides* con una *ratio*, una ciencia que tiene ciertamente un valor positivo. La fe no le teme al progreso de la ciencia y al desarrollo al que conducen sus descubrimientos, pero ha de velar por que siempre se dirijan al bienestar del hombre y al progreso de toda la humanidad. Cuando la relación entre la razón y la fe es fructífera, crece la autoconciencia del hombre y progresan las culturas. La apertura a la verdad humaniza el vivir social. El diálogo fe-razón aporta grandes frutos, sobre todo cuando está sostenido por el amor a la verdad.

La correlación entre *fides* y *ratio* se dificulta a partir de aproximaciones funcionalistas que desencajan a la ciencia de su fin y de su fundamento haciéndola prácticamente autónoma. A ello se suma el hecho de que hoy en día, como lamenta el Papa Benedicto XVI, «se ha verificado un deslizamiento desde un pensamiento preferentemente especulativo a uno mayormente experimental. La búsqueda se ha dirigido sobre todo a la observación de la naturaleza en el intento de descubrir sus enigmas. El deseo de conocer la naturaleza se ha transformado en la voluntad de reproducirla. Este cambio no ha sido indoloro: el desarrollo de los conceptos ha menoscabado la

---

20. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 26.

relación entre la *fides* y la *ratio* con la consecuencia de llevar a una y a otra a seguir caminos distintos. La conquista científica y tecnológica, con que la *fides* es cada vez más provocada a confrontarse, ha modificado el antiguo concepto de *ratio*»<sup>21</sup>.

*No son pocos los científicos y personas del ámbito académico que no comparten las posturas positivistas sobre la religión; no admiten una ciencia cerrada sobre sí misma, autosuficiente.*

El Santo Padre situaba muy bien el problema: la presunción de sustituir al Creador a partir de una razón con características absolutistas, particularmente cuando la ciencia intenta elaborar principios éticos. La ciencia será la explicación decisiva y excluyente ante la cual nada puede resistirse en el orden del conocimiento, eliminándose definitivamente todo misterio, posición afín con el “cientificismo”.

En este sentido, el científicismo es un peligro porque «no admite como válidas otras formas de conocimiento que no sean las propias de las ciencias positivas, relegando al ámbito de la mera imaginación tanto el conocimiento religioso y teológico, como el saber ético y estético. [...] La ciencia se prepara a dominar todos los aspectos de la existencia humana a través del progreso tecnológico»<sup>22</sup>.

Posturas como el científicismo están incrustadas en la epistemología, en el estudio de nuestro entorno físico y en la cultura de nuestro tiempo. Conforman una “anticultura” que parte de un principio errado: la persona se adhiere a la religión porque le faltan respuestas para explicar su origen y su entorno físico. Grave error. La motivación del hombre que vive una nostalgia de infinito, que busca respuestas fundamentales, es otra; significa un compromiso personal con Dios mismo.

No son pocos los científicos y personas del ámbito académico que no comparten las posturas positivistas sobre la religión; no admiten una ciencia cerrada sobre sí misma, autosuficiente. Estos investigadores

---

21. Benedicto XVI, Discurso a los participantes en un congreso sobre el tema «Confianza en la razón», con motivo del X aniversario de la encíclica *Fides et ratio*, 16 de octubre de 2008.

22. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 88.

mantiene una mente abierta hacia los fundamentos. Aquella ciencia comprende que la religión revelada aporta a su búsqueda enseñanzas y principios éticos esenciales que la ayudan al correcto ordenamiento de sus fines científicos, en última instancia, al servicio de la persona y de toda la creación.

Adentrarse en el terreno religioso y ético no significa en absoluto limitar la investigación científica o impedir a la técnica producir instrumentos de desarrollo. Consiste, más bien, en mantener vigilante el sentido de responsabilidad que la razón y la fe poseen de cara a la ciencia, para que permanezca en su estela de servicio al hombre.

El hombre caído, alejado de los valores religiosos, se precipita hacia situaciones de injusticia y atropello de la dignidad humana. Una y otra vez forja ordenamientos jurídicos que marginan los derechos inherentes a la persona. «No hay hombre sin valor, ni valores que funden absolutamente el valor del hombre sin un Absoluto que funde esos mismos valores», sentenció el Cardenal Henri de Lubac. «El hombre vale absolutamente porque su rostro está iluminado por un rayo del Rostro Divino»<sup>23</sup>.

La persona se deshumaniza al privársele de su dimensión espiritual. La vida humana sufre degradación cuando la cultura —mejor dicho, la “no cultura”— no toma en cuenta el desarrollo completo del hombre. Una cultura que sirve auténticamente al ser humano conlleva la necesidad de plantearse los interrogantes más profundos ante la existencia; debe aportar un entorno espiritual al que la persona pueda acudir en busca de respuestas sobre el sentido final de su existencia. En último caso, necesita transparentar el amor de Dios, manifestado a través del hecho único de la Encarnación del Señor Jesús.

Otra de las manifestaciones de la pseudocultura agnóstica es la mentalidad tecnicista que, como nos advierte el Papa Benedicto XVI, puede ser alentada por el desarrollo tecnológico, orientándola hacia la autosuficiencia de la técnica. Propiamente la tecnología presenta un rostro ambiguo, inclinándose hacia el bien o el mal, según la idea

---

23. Henri de Lubac, *Por los caminos de Dios*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1993, p. 153.

o la motivación de quien la impulse. De allí la necesidad, subrayada por el Santo Padre, «de entender la técnica y de captar el significado plenamente humano del quehacer del hombre, según el horizonte de sentido de la persona considerada en la globalidad de su ser»<sup>24</sup>. Ante estos grandes retos aparece una vez más la urgencia de sostener valores culturales adecuados.

*La persona se deshumaniza al privársele de su dimensión espiritual. La vida humana sufre degradación cuando la cultura —mejor dicho, la “no cultura” — no toma en cuenta el desarrollo completo del hombre.*

La cotidianeidad del pensamiento agnóstico en el que se ha deslizado el secularismo constituye uno de los grandes dramas de nuestro tiempo, si no el más grave. Andada la senda de la indiferencia hasta su frontera final, los criterios

subjetivos y reduccionistas culminan por trivializar los valores más íntimos de la persona y de su cultura. No en vano el filósofo y sociólogo germano Jürgen Habermas, acérrimo defensor del Estado secular, cuyos fundamentos normativos justifica de una forma «no religiosa y postmetafísica», advertía sobre una «descarrilada» secularización de la sociedad en conjunto<sup>25</sup>.

El «agnosticismo de lo cotidiano» plantea heridas espirituales profundas. Sin el sustento divino los valores pierden su universalidad. Los prejuicios escépticos hacia la religión y, fundamentalmente hacia la Revelación, empobrecen el entorno donde la persona debe desplegar virtudes como el amor a la vida, la generosidad y la nobleza. En esta circunstancia el hombre tiende a abandonar la búsqueda de la perfección. Relativiza la verdad, cambiándola por su propia “verdad”. Aquella senda lo conduce a una indiferencia egoísta o a un nihilismo destructivo.

---

24. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 70.

25. Véase Jürgen Habermas, «El posicionamiento sobre las bases morales del Estado liberal», conferencia pronunciada en la «tarde de discusión» con el Cardenal Joseph Ratzinger, organizada por la Academia Católica de Baviera, en Múnich, el 19 de enero de 2004. Habermas explicaba que «los ciudadanos secularizados, cuando se presentan y actúan en su papel de ciudadanos, ni pueden negar en principio a las cosmovisiones religiosas un potencial de verdad ni tampoco pueden discutir a sus conciudadanos creyentes el derecho de hacer contribuciones en su lenguaje religioso a las discusiones públicas».

#### 4. LA “TENSIÓN-HACIA-DIOS” EN LA CULTURA HUMANA

Como hemos visto, la cultura debe preocuparse especialmente por la persona humana elevada a la máxima dignidad por el Señor Jesús que se hizo hombre. La inquietud por el hombre debe llevar a la cultura a la reafirmación de su dimensión espiritual. Es de lamentar, sin embargo, que con demasiada frecuencia las ideologías o sistemas filosóficos actuales prescindan de esta dimensión, mutilando injustificadamente uno de los aspectos constitutivos de la persona humana.

Para ser auténtica, la cultura debe estar en capacidad de reconciliar todas las realidades de lo humano; el núcleo de su misión es precisamente la humanización, es decir, el desarrollo del hombre, que «se efectúa en todos los campos de la realidad en la que el hombre está situado y se sitúa: en su espiritualidad y corporeidad, en el universo, en la sociedad humana y divina [...]. La cultura tiene como fin esencial promover el ser del hombre y proporcionarle los bienes necesarios para el desarrollo de su ser individual y social»<sup>26</sup>.



Durante los últimos cien años la cultura contemporánea ha contribuido como nunca antes al beneficio material, pero también ha suscitado un menosprecio hacia la dimensión espiritual del hombre. En la dimensión más profunda de la persona, sin embargo, en su mismidad, se encuentra presente el hambre de absoluto, el horizonte último, el máximo significativo, esa tensión-hacia-Dios que podemos reconocer como el sentido religioso de lo humano. La ausencia de esta gesta que busca descubrir a Dios contribuye al vacío existencial, lo cual pone a la persona en peligro de buscar saciarse con mesianismos meramente mundanos y exclusivamente horizontales. La persona necesita de Dios.

---

26. Juan Pablo II, «Humanización y deshumanización del hombre». Discurso a los hombres de la cultura, Río de Janeiro, 1 de julio de 1980.

El novelista y ensayista católico Pieter van der Meer de Walcheren describió en *La gran aventura* su propia experiencia de hambre de

*Para ser auténtica, la cultura debe estar en capacidad de reconciliar todas las realidades de lo humano*

Dios y de frustración al comprobar la inmensa distancia que parecía separarlo de la luz inextinguible del amor del Padre. «Siento la urgencia del

infinito y no puedo dar satisfacción a esta necesidad», clamó<sup>27</sup>. Van der Meer reflexionaba en las primeras líneas de este libro, escrito mientras la Europa de la postguerra intentaba sanar sus heridas: «El drama de nuestro tiempo es, ante todo, un drama espiritual»<sup>28</sup>. Avanzado el siglo XXI, podemos hacer nuestras las palabras del escritor flamenco.

Para innumerables personas la existencia humana ha perdido el significado trascendente, por lo que sus esfuerzos van dirigidos a hallar un sentido a sus vidas a partir de la autonomía radical<sup>29</sup>. La mera existencia de Dios constituye una afrenta a su voluntad autónoma y a su capricho egoísta. Sin embargo, como muy bien apunta el antropólogo Miguel Benzo «la vinculación constitutiva con lo Absoluto específico del hombre es la trascendencia intelectual y apetitiva, que hace que el deseo humano de verdad, bondad, de belleza, de amor, de perennidad, de dicha, no encuentre meta adecuada en ningún objeto finito»<sup>30</sup>. Allí está el fondo del problema. La persona tiene hambre de Dios, pero elige suplantar el ansia de comunión con sustitutos banales, con ídolos de barro.

Las hipótesis temporalistas pueden ser fascinantes, pero no satisfacen. A toda persona le llega el momento en el que, deseándolo o no, se le hace necesario enraizar su propia existencia en una verdad reconocida como definitiva, que le ofrezca una certeza no sometida a la duda.

---

27. Pieter van der Meer de Walcheren, *La gran aventura*, Carlos Lohlé, Buenos Aires 1960, p. 7.

28. Lug. cit.

29. *Gaudium et spes*, 10.

30. Miguel Benzo, *Hombre profano, hombre sagrado. Tratado de antropología teológica*, Cristiandad, Madrid 1978, p. 137.

En un pasaje de la *Fides et ratio*, el Papa Juan Pablo II planteaba la pregunta fundamental que todo ser humano debe hacerse ante el tema de Dios. Si negamos que sea en la historia el lugar en el que podemos constatar la acción de Dios en favor de la humanidad, ¿dónde podríamos buscar la respuesta a las cuestiones dramáticas como el dolor, el sufrimiento de los inocentes y la muerte? Aquellas respuestas solamente las encontraremos en la luz que brota del misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo<sup>31</sup>.

El otro camino es secundar a aquellos que, negando a Dios, sostienen que para ser plenamente humano, el hombre debe optar por el control autónomo de sus destinos, renunciando a volcar sus esperanzas en el amor y el auxilio del Otro Providente y Eterno. Esta vía desconoce que la razón más alta de la dignidad humana «está en su vocación a la comunicación con Dios. Desde que nace, el hombre está invitado a un coloquio con Dios, pues no existe sino porque, creado por Dios por amor debe su conservación a ese mismo amor, y no vive de verdad si no reconoce libremente ese amor y se entrega a su Creador», en vital unión con el Padre Amoroso<sup>32</sup>.

*La historia está demostrando que la cultura moderna, reducida a sus dimensiones materialistas, económicas o tecnológicas, es incapaz de saciar el hambre de infinito en la persona.*

## 5. LA LLAMADA “CULTURA POSTMODERNA” Y SU INTENTO DE REEMPLAZAR A DIOS

Hoy en día, a la par del encumbramiento de la ciencia y la tecnología, la negación del Ser divino parece reposar en aquella cómoda actitud ante la existencia que Luis Fernando Figari ha denominado “agnosticismo funcional”, optando por evitar plantearse el problema de Dios<sup>33</sup>. Se intenta reemplazar la experiencia religiosa con “deida-

31. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 12.

32. *Gaudium et spes*, 19.

33. Luis Fernando Figari, *Formación y misión*, Vida y Espiritualidad, Lima 2008, p. 97. El autor vincula el agnosticismo funcional —así como otras características de la cultura secularizante como el relativismo galopante, el *pensiero debole*, la actitud *lite* (también llamada *light*) y la gravísima crisis sobre la verdad— con teorías e ideologías que conducen a la construcción de una anticultura que le ha dado la espalda a

des” modernas, sustentadas en un empleo inadecuado de valores positivos como las ciencias naturales y la tecnología, junto con la opción para adquirir ilimitadamente bienes materiales.

La historia está demostrando que la cultura moderna, reducida a sus dimensiones materialistas, económicas o tecnológicas, es incapaz de saciar el hambre de infinito en la persona. A pesar de esta comprobación, amplios sectores de la llamada cultura “postmoderna” y “finilustrada” continúan adhiriéndose al secularismo.

En sus diversas formas, aquel secularismo constituye un «ataque programático a la religión y a la fe en Dios. Especialmente allí donde se ha institucionalizado en formas “pseudoecclesiales”, se ha convertido —en virtud de su pretensión de abarcar toda la esfera del comportamiento humano— en una especie de “contrarreligión”»<sup>34</sup>.

El programa secularizante demanda la marginación de la religión, situándola en el ámbito de lo privado, lo individual y lo sentimental. «Algunos ya no se preocupan de ocultar sus intenciones», subrayaba el Cardenal De Lubac. «Quisieran suprimir en la cultura moderna todo aquello que procede del “judeocristianismo”, para reconstruir un mundo pagano [...]. El laicismo doctrinario y agresivo, el ateísmo impuesto, es, por el contrario, un atentado contra la dignidad del hombre, y, cuando influye en el poder político, una forma de tiranía»<sup>35</sup>. Tal es el encono antiteísta, presente en los escritos y pronunciamientos de un influyente número de académicos, que el crítico literario y filósofo Terry Eagleton recomendaba a estos autores que, en beneficio de su integridad moral y honestidad intelectual, distinguieran entre su “monomanía”—entiéndase “paranoia contra Dios”— y sus diatribas contra el monoteísmo<sup>36</sup>.

Irónicamente, el postmodernismo secularizante nace a partir de la decepción provocada por el fracaso de las ilusiones de una Ilustración de fondo ateizante. La humanidad nunca logró emanciparse de lo que el pensamiento ilustrado y las ideologías heredadas

---

34. Juan Pablo II, *Signo de contradicción*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1979, p. 44.

35. Henri de Lubac, *Diálogo sobre el Vaticano II*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1985, p. 82.

36. Véase *The Limits of Liberalism*, Yale University's Terry Lectures, 3 de abril de 2008.

del dieciochesco Siglo de las Luces consideraban prejuiciosamente como comportamientos y culturas ignorantes. Bajo la advocación de pensadores paradigmáticos de la cultura ilustrada como Gabriel Naudé, Guy Patin, François La Mothe, Saint Evremond, Pierre Gassendi, Michel de Montaigne, Pierre Bayle y Voltaire, se implantó una ética secularista que se opuso al credo religioso<sup>37</sup>.

En el tiempo transcurrido, las profecías del Siglo de las Luces se han estrellado contra la historia, particularmente por su incapacidad de aportar respuestas y bienestar al hombre. No obstante, las ideologías surgidas de la Ilustración sustentan aún algunas propuestas de la persona postmoderna o finilustrada, particularmente una confianza casi ciega en el progreso material aislado de los fundamentos de la verdad.

¿Podemos referirnos mejor a un “neopaganismo” que más bien plantea una actitud cómoda que permite hacer el bien o el mal desde una opción sentimental o egoísta? El secularismo postmoderno rechaza particularmente la moral cristiana, a la que considera muy exigente, rigorista y deshumanizada: «cada cultura y cada cual tienen derecho a sus conductas morales», se afirma<sup>38</sup>. Se trata de una moral e, incluso, de una “ética de situación”, que se ha querido imponer como imperativo constante. Esta moralidad y ética acordes con el postmodernismo responden a impulsos y opiniones culturales en situaciones determinadas antes que a las leyes relacionadas con sociedades “del pasado” y sus creencias religiosas<sup>39</sup>. Es la mentali-



Gabriel Naudé (1600-1653)

37. Véase Carlos Valverde, *Génesis, estructura y crisis de la modernidad*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2003, p. 337.

38. Michael O'Brien, «Why has the West become Neopagan?», en *Landscape With Dragons: The Battle for Your Child's Mind*, Ignatius Press, San Francisco 1998, p. 93.

39. Michael Burleigh, *Causas sagradas. Religión y política en Europa*, Taurus Historia, México 2007, p. 412.

dad del “todo vale”, “nada está prohibido” y “sirve todo lo que me agrada y no vale aquello que no me agrada”.

Se considera políticamente correcto afirmar un relativismo moral. Sin embargo, los que proclaman que la moral es relativa y demandan la tolerancia de aquellos cuyas opciones morales difieren de las suyas, son los primeros en ser “intolerantes” con quienes defienden los valores absolutos.

La humanidad vive una situación de ruptura. Los poderes del mundo poseen recursos técnicos y económicos inigualados para superar situaciones de pobreza, hambre y enfermedades catastróficas, pero es frecuente que permanezcan en la inacción. Quienes detentan la autoridad necesaria para emprender acciones decisivas que susciten el bienestar en amplios sectores del mundo que se hallan sumidos en sufrimientos y ansiedades parecen cruzarse de brazos. Se desaprovechan los asombrosos adelantos tecnológicos y científicos, sin parangón en la historia, porque falta una conciencia que busque el bien común antes que saciar la apetencia de grupos privilegiados y poderosos. Se atenta contra el bienestar humano cuando se niegan los inalienables derechos a la vida a amplios sectores de la humanidad, sean los no nacidos, los enfermos o los ancianos; cuando se hostiga a algún grupo por su religión, raza o cultura. La construcción de un mundo más humano y más justo está en directa relación con la promoción de una genuina cultura de vida.

## 6. LA IGLESIA, EXPERTA EN HUMANIDAD

La Iglesia asume valientemente su papel de “experta en humanidad”. Ella recibió del Señor Jesús la misión de evangelizar y reconciliar a la persona y todas sus dimensiones, renunciando a volcarse sobre sí misma para protegerse de los embates de una cultura secularista. A modo de proemio, la constitución conciliar *Gaudium et spes* señala respecto a la Iglesia: «nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón»<sup>40</sup>. Con este fin se entregó a la

---

40. *Gaudium et spes*, 1.

tarea de conocer y comprender el mundo en que vive, sus esperanzas, sus aspiraciones y su modo de ser, frecuentemente dramático.

La Iglesia tiene mucho que decir sobre la ordenación del mundo y de las personas en el plano de una justa autonomía de lo terreno. El Papa Juan Pablo II convocó a conciliar la secularidad intramundana con las exigencias radicales del Evangelio. El meollo de la solución casi profética a la nueva confrontación entre fe y razón está en plantear aquella reconciliación. El Santo Padre declaró como tendencia antinatural el desprecio del mundo y de sus valores auténticos, pero advirtió que la reconciliación de la secularidad con el Evangelio debía darse «sin eludir las exigencias supremas e inflexibles del orden sobrenatural»<sup>41</sup>.

Las enseñanzas de Juan Pablo II manifiestan que no debe temerse a la verdad. Tampoco puede precipitarse uno en la tentación de dar por perdida la cultura hodierna, llamando a construir una civilización cristiana de gueto, marginada de los quehaceres del mundo y aislada de los contactos reales con el pensamiento contemporáneo. Debemos lamentar un mal típico de nuestros tiempos: el abandono del terreno de las certezas.

El cristiano no debe temerle a la tarea de ensayar la verdad en el ámbito de la correcta y sana secularidad del mundo. Como manifestaba el Cardenal Daniélou, tenemos ante nosotros la responsabilidad de denunciar con vigor el desconocimiento y el descrédito de la verdad en un mundo como el nuestro, «en el que resulta inoportuno e insultante a los demás hablar de la verdad»<sup>42</sup>.

Urge convencernos de que la inteligencia está en capacidad de captar lo real y alcanzar el sentido profundo de la persona y del espíritu, así como algunas verdades de orden metafísico. La revelación de Cristo nos da acceso, por obra de su propio testimonio, a un orden de realidades últimas que aportan el sentido a nuestra existencia.

---

41. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 43, citando unas reflexiones del Papa Pablo VI en *Lumen Ecclesiae*, 8.

42. Jean Daniélou, *Memorias*, Mensajero, Bilbao 1975, pp. 104-105.

Es una grave responsabilidad la que tienen los cristianos: no se trata solamente de que la sociedad reciba una información fidedigna del mensaje evangélico, sino que esta enseñanza tenga una incidencia sustancial en la formación de la opinión pública y en las decisiones que ella hace posible, es decir, «que el Evangelio sea efectivamente una “buena noticia” para los miembros de la sociedad»<sup>43</sup>.

## 7. EL RETO URGENTE DEL CRISTIANO: LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA

Las sombras del escepticismo nublan la luz de la verdad. Despojados de la certeza, los pseudohumanismos alientan la “cultura de muerte”, sosteniendo la vigencia de graves rupturas cuyo origen está en la ausencia de Dios y en la preeminencia del hombre como medida de todas las cosas. «Si Dios no existe, entonces todo está permitido», hizo decir el novelista ruso Fiódor Dostoievski a Ivan Kamarazov.

Como cristianos comprometidos con el anuncio de la verdad del Señor Jesús, descubrimos la imperiosa necesidad de entender qué ocurre en nuestro entorno, particularmente las tendencias ideológicas que debilitan la capacidad de la persona para acudir a Dios. El secularismo, el relativismo y el escepticismo son característicos de una cultura —o anticultura, como hemos dicho— que ha endurecido en el hombre la capacidad de asombro ante el mal y el pecado. Esta anticultura se desplaza con una prontitud casi instantánea, acelerada por la globalización cultural.

Los cristianos necesitamos aportar inyectando el Evangelio en las venas del hombre y de la sociedad actual. La Iglesia está invitada a la nueva evangelización, al anuncio de la verdad del Señor Jesús en un mundo cuyo progreso es ambiguo y que conduce a numerosos seres humanos a renunciar a su dignidad. La evangelización constituye la tarea central de la Iglesia, cuyo objeto fundamental es descubrirle al hombre su dimensión divina, mostrándole que el Señor

---

43. Pedro Morandé, «La presencia cristiana en la vida pública», en *Revista VE*, setiembre-diciembre de 2006, n.º 65.

Jesús no sólo nos hace comprender lo que Dios es, sino que nos muestra lo que somos, aportándonos la clave de inteligencia de nuestra propia existencia actual.

Evangelizar significa, entonces, portar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformarla desde dentro, renovándola. Se trata también de alcanzar y convertir con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación<sup>44</sup>. El anuncio del Señor Jesús saca a la



luz las *semina Verbi* escondidas y a veces como enterradas en el corazón de las culturas, y las abre a la medida misma de la capacidad de infinito que Él ha creado y que viene a colmar en la admirable condescendencia de su Sabiduría eterna<sup>45</sup>.

El despliegue cultural no puede darse en la “autarquía” de Dios. Vivir como si Dios no existiese sería negarle a la persona la posibilidad de alcanzar la plena comprensión, de lograr la respuesta a las preguntas fundamentales. Una de las mayores rebeldías hoy en día sería oponerse a la conjetura de que Dios podría ser una ficción.

Los cristianos necesitamos tener muy presente que la cultura, aquel mundo edificado por la acción humana respondiendo a la invitación de Dios para participar en la dinámica creacional, requiere de un constante desarrollo modelado en los rasgos interiores que el mismo hombre ha recibido al ser creado a imagen y semejanza de Dios. La persona despliega su mismidad y se realiza a sí misma cuando construye la cultura por medio del trabajo, la literatura, la ciencia, el arte y todas las actividades dignas, propias del hombre, quien les imprime su huella.

---

44. Consejo Pontificio de la Cultura, *Para una pastoral de la cultura*, 23 de mayo de 1999.

45. *Dei verbum*, 13.

La necesidad de anunciar la Palabra de Dios mediante la evangelización permanece siempre actual, siempre pendiente. La evangelización no consiste en «una especie de colonialismo eclesial, con que queremos meter a otros en nuestro grupo. Es salir de los límites de las culturas individuales a la universalidad que nos comunica a todos, nos une a todos, nos hace a todos hermanos»<sup>46</sup>. La visión del

*El cristiano no debe temerle a la tarea de ensayar la verdad en el ámbito de la correcta y sana secularidad del mundo.*

Pontífice corresponde a la grave responsabilidad de cooperar con el Plan salvífico, transformando el corazón de la persona, sembrando un gran futuro de esperanza mediante la Buena Nueva de la salvación-reconciliación. La convoca-

toria es a edificar la civilización del amor, lo que nos conduce a la idea inicial de este artículo: la cultura supera ampliamente la acumulación de conocimientos; más bien, constituye el umbral para desplegar la sublime dignidad de lo humano.

---

46. Meditación del Papa Benedicto XVI en la primera congregación del Sínodo sobre la Palabra de Dios, 6 de octubre de 2008.

# PERSONA <sub>y</sub> CULTURA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA SAN PABLO  
NÚMERO 8, AÑO 8  
AREQUIPA, 2010

*CONSEJO EDITORIAL:*

GERMÁN CHÁVEZ CONTRERAS  
ALFREDO GARCÍA QUESADA  
FRANCISCO RIZO PATRÓN BAZO  
JOSÉ MANUEL RODRÍGUEZ CANALES  
FERNANDO VALLE RONDÓN

*DIRECTOR:*

ALDO GIACCHETTI PASTOR

*CONSEJO INTERNACIONAL DE COLABORADORES:*

JAIME ANTÚNEZ \* JOSÉ AGUSTÍN DE LA PUENTE \* CARLOS GÓMEZ DE LA TORRE \*  
FRANZ GRUPP \* P. FRANCISCO LEOCATA \* EUSEBIO QUIROZ \* GUSTAVO SÁNCHEZ ROJAS \*  
CARLOS CORSI \* CLEBER ALVES \* P. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS O. DE M. \*  
CARLOS HOEVEL \* P. MASSIMO SERRETTI \* JAIME URCELAY

Portada:

*Virgen de la Candelaria* (Bernardo Bitti), que se venera en la iglesia de la Compañía de Jesús en Arequipa (Perú). Este año se cumplen cuatrocientos años del fallecimiento de Bernardo Bitti, sacerdote jesuita, exponente de la escuela cusqueña e introductor del manierismo en el Perú. Agradecemos a los padres jesuitas de la iglesia de la Compañía de Jesús en Arequipa, especialmente al hermano Arístides Estela, por su colaboración.



Urb. Campiña Paisajista s/n, Quinta Vivanco. Cercado. Arequipa (Perú).  
Telfs. (51-54) 60-5600; (51-54) 60-5630. Fax (51-54) 28-1517  
Suscripciones e información: [fondoeditorial@ucsp.edu.pe](mailto:fondoeditorial@ucsp.edu.pe)

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú número 2003-1118  
ISSN 1997-5414

Impreso en:

Impresa-Arequipa  
Pasaje Angamos 220, Yanahuara. Arequipa (Perú).

Las opiniones libremente vertidas por los autores de los artículos no constituyen orientaciones oficiales de la Universidad Católica San Pablo, sino que son enteramente responsabilidad de los mismos.